**Experiencias juveniles de conformación de un hogar propio en estratos medios
de la Ciudad de Buenos Aires**

**Resumen**

Este artículo aborda los modos en que se configura el proceso de salida del hogar familiar de origen y la conformación de un hogar propio en jóvenes de estratos medios de la Ciudad de Buenos Aires. Considerando tendencias sociodemográficas recientes, se analizan, mediante una metodología cualitativa-interpretativa, los arreglos de convivencia que despliegan estos jóvenes al salir del hogar de origen y las significaciones atribuidas al nuevo hogar. Entre los resultados, se señala que los jóvenes referidos construyen un espacio habitacional que, por su carácter autónomo, lúdico y formativo, se distingue tanto de una casa familiar de origen como de una casa familiar de destino.

**Palabras clave**: jóvenes; independencia habitacional; arreglos de convivencia; estratos medios

**Leaving Home Experiencies among Young People of Middle-class
in the City of Buenos Aires**

**Abstract**

The article explores the ways in which the process of leaving home and the formation of an own one among middle-class young people in the City of Buenos Aires. Considering recent sociodemographic trends, through a qualitative-interpretative methodology, the article analyzes their forms of cohabitation, as well as their perceptions and motivations regarding the new home. Among the results, the category of "youthful house" is proposed to define a housing space with a formative and experimental character, and which is different both the family home of origin and the family home of destination.

**Keywords:** Youth, Leaving Home, Living Arrangements; Middle-class

**Introducción[[1]](#endnote-1)**

Las experiencias de transición a la vida adulta de las generaciones recientes cuestionan el modelo tradicional asociado a las características de las sociedades modernas occidentales. Las etapas que se presentaban como concluyentes trayectos de pasaje hacia la vida adulta –el trabajo definitivo, el hogar propio, la familia y los hijos– en la sociedad contemporánea se prorrogan, se suspenden, se interrumpen e incluso llegan a desestructurarse. La finalización de los estudios, la estabilización de las carreras laborales y la formación de una familia ya no constituyen trayectos lineales, estables y predecibles. En el nuevo paisaje social, signado por las tendencias hacia la incertidumbre y los procesos de individuación[[2]](#endnote-2), esta flecha temporal ordenada se ha transformado en un ovillo difícil de desenredar, tanto para sus protagonistas
–los jóvenes– como para quienes pretendemos comprenderlo desde las ciencias sociales. Aunque con diferencias según países y grupos sociales específicos, en la actualidad surgen nuevas modalidades de transición hacia la vida adulta o, en otras palabras, nuevos modos de ser joven y de hacerse adulto.

Bajo estas coordenadas, la salida del hogar de origen y la conformación de un hogar propio se presenta como un proceso complejo, prolongado y desestructurado. En el contexto latinoamericano, diversos estudios sociodemográficos advierten, entre las generaciones recientes, cierta postergación de la salida del hogar de origen respecto a períodos anteriores; aun así, destacan que uno de los cambios más significativos, por encima de las variaciones en el calendario, es el crecimiento en la formación de hogares no familiares, es decir, unipersonales u horizontales (compartidos con amigos o compañeros), aunque se trata de un fenómeno restringido a jóvenes con mayor nivel educativo (Ciganda & Pardo, 2014;
Echarri & Pérez Amador, 2007; Ferraris, 2015). En la literatura latinoamericana se enfatiza la heterogeneidad que atraviesan las experiencias de pasaje a la vida adulta; en este contexto, existen complejidades adicionales como consecuencia de las desigualdades en cada país y de las diferencias en los significados acerca de la familia, la sexualidad y el rol de la mujer en cada sociedad (Coubès & Zenteno, 2004; Salas & Oliveira, 2009).

En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), la infografía elaborada por el Observatorio de la Juventud (2016), a partir de datos de la Encuesta Joven 2014 para la población de 15 a 29 años, expresa estas tendencias regionales a nivel local. De acuerdo con el informe, el 39,8% de los jóvenes de 20 a 24 años y el 67,2% de quienes tienen entre 25 y 29 ya abandonaron el “nido familiar”. De la población total, mientras 1 de cada 3 (36,4%) se fue a vivir en pareja (con o sin hijos), 2 de cada 3 (63,6%) viven solos, con amigos u otros familiares. Entre aquellos que finalizaron sus estudios secundarios, el 71% se fue a vivir bajo estas modalidades, y sólo el 29% formó un hogar en pareja (con o sin hijos); en cambio, entre quienes no completaron estos estudios, más de la mitad se juntó con su pareja o formó un hogar familiar (56,3%), y el 43,7% se fue a vivir solo, con amigos u otros familiares. Las modalidades de conformación de un nuevo hogar también presentan distintas características entre varones y mujeres: mientras 8 de cada 10 varones (79,1%) dejan su casa de origen para irse a vivir solos, con amigos u otros familiares; 5 de cada 10 mujeres (48,2%) transitan esta modalidad. Si se pone el acento en la convivencia en pareja, mientras que sólo el 20,9% de los varones se va de su hogar de origen para formar un hogar familiar o conyugal, en las mujeres el porcentaje asciende a 51,8%.

Estos datos estadísticos permiten cuantificar el fenómeno y obtener una “fotografía” de los hogares juveniles; sin embargo, dejan “fuera de cuadro” las vivencias de los jóvenes y sus modos de significar este proceso. Este artículo aborda las experiencias de conformación de un hogar propio en las generaciones recientes a partir de analizar los arreglos de convivencia y las significaciones en torno a la vivienda en un grupo de jóvenes de la CABA. A diferencia de las transiciones educativas y laborales, los modos en que los jóvenes se van de sus hogares de origen y construyen uno nuevo han sido relativamente poco explorados por las ciencias sociales en la Argentina[[3]](#endnote-3). Los principales aportes sobre esta cuestión provienen de estudios sociodemográficos y de informes basados en encuestas de alcance nacional.

A partir de una estrategia metodológica cualitativa-interpretativa, basada en entrevistas en profundidad orientadas biográficamente, este artículo focaliza en la dimensión subjetiva de la construcción de un hogar propio y analiza este proceso desde la perspectiva de sus protagonistas. Para ello, se detiene en los relatos sobre la salida de la casa familiar de origen y el nuevo hogar de un grupo de jóvenes de estratos socioeconómicos medios de la CABA. Nos concentramos en este grupo social específico porque, como planteamos, en esta población con niveles educativos altos los estudios sociodemográficos advierten tendencias de cambio.

¿Cómo son los arreglos de convivencia que despliegan estos jóvenes al salir de su casa de origen? ¿Cómo es vivida, sentida y practicada la nueva vivienda? ¿De qué forma la construcción de un hogar se articula con otros proyectos vitales como el estudio, el trabajo y la formación de una familia? ¿Qué rol desempeñan el entorno familiar de origen, la pareja y los grupos de amistad en los modos de conformar un hogar? ¿Cómo influye el tipo particular de condición juvenil en este proceso? Desde la perspectiva de la “sociología de la transición”[[4]](#endnote-4), se concibe el acceso a una vivienda como testimonio visible del fin del período de la juventud. En este artículo preferimos dejar en suspenso esta cuestión para, en todo caso, explorar qué lugar material y simbólico ocupa la construcción de un hogar propio en la experiencia juvenil de estratos medios.

**Planteo del tema: la construcción de un hogar propio en el marco de la transición a la vida adulta**

La salida del hogar de origen y la conformación de un hogar propio es uno de los componentes del proceso de transición a la vida adulta. En las sociedades modernas occidentales, la experiencia de la transición a la vida adulta se configuró como un trayecto lineal, estable y predecible. Los modos en que los jóvenes transitaban esa serie de eventos que los identificaría como adultos tenían un patrón común (estadísticamente típico): un recorrido gradual cuyas instancias sucesivas y sin retorno se transitan con diferentes velocidades según cada sector social (más rápido en los sectores populares, más lento entre los sectores medios y altos), pero que tienen en común su carácter progresivo e irreversible (Dávila & Ghiardo, 2012; Urresti, 2008). En un contexto de creciente institucionalización de los cursos de vida, como el de los países europeos de posguerra, se configuró un modelo normativo de transición que establecía tanto la secuencia como la temporalidad de los eventos que la componían: “completar la educación formal, conseguir un empleo de tiempo completo, casarse, formar un hogar independiente y tener el primer hijo” (Kohli & Meyer, 1986, en Salas & Oliveira, 2009: 270). Como advierten Coubès & Zenteno (2004: 336), este orden cronológico enmarca
“… una expectativa social o modelo normativo de vida porque la responsabilidad de una nueva familia, sobre todo una vez que se inicia la reproducción, se asume cuando los individuos ya adquirieron una autonomía económica y residencial”.

Desde finales del siglo XX, las experiencias de transición a la vida adulta atraviesan, como hemos mencionado, un significativo proceso de rearticulación. Los recorridos de los jóvenes dejaron de ajustarse a ese modelo normativo de transición, y se registran “trayectorias con frenos, vueltas, idas y venidas, saltos adelante, caídas precipitadas” (Urresti, 2008: 109). Las transiciones se solapan y se desincronizan; las edades se alargan, pero también se acortan; o aparecen “modos de vida intermedios” (Galland, 1985) que se intercalan entre la familia de origen y la familia de procreación, como la vida en solitario o con amigos. En este marco, se va configurando una transición a la vida adulta mucho más prolongada, compleja y desestandarizada (Biggart, Furlong & Cartmel, 2008; Bois-Reymond & López Blasco, 2004; Machado Pais, 2002). La autonomía no es un fenómeno de carácter irreversible, sino más bien un proceso cada vez más desestructurado en que algunas etapas no son definitivas y otras, incluso, nunca se consuman (Galland, 1985; Singly, 2005). Aunque no han desaparecido las transiciones clásicas, se han debilitado y convertido en una realidad cada vez menos frecuente que coexiste con diversas y desiguales “modalidades emergentes de transición” a la vida adulta (Casal, Merino & García, 2006).

Las transformaciones socioeconómicas y culturales ocurridas durante las últimas décadas del siglo pasado, asociadas a los procesos de inestabilidad social e individualización del curso de vida (Beck & Beck-Gernsheim, 2003; Castel, 1995), redefinieron las condiciones objetivas que articulan la vida de los sujetos e impactaron de manera directa en la conformación subjetiva de las generaciones jóvenes. En este nuevo paisaje social, los componentes que estructuran la transición a la vida adulta –el sistema educativo, el mercado laboral y la familia– se vieron profundamente alterados: los estudios se prolongan, las credenciales educativas se desvalorizan, los mercados laborales se flexibilizan, sobre todo para los jóvenes, y se consolida una cultura más individualista que privilegia el desarrollo personal y la autorrealización frente al logro familiar. Como apunta Urresti (2008)
se trata de cambios sociales profundos –de orden estructural y subjetivo– que afectan al conjunto social, con notables efectos en las pautas de comportamiento, hábitos de consumo, maneras de relacionarse, valores y creencias.

Los jóvenes –sujetos en formación que se incorporan al mundo social en el presente– encarnan estos cambios –bajo nuevos modos de ser joven–, y desde aquí producen cambios
–nuevos modos de ser adulto–. En este marco, se plantea la prolongación de la juventud. Por una parte, la experiencia juvenil estaría atravesada por la tensión permanente entre autonomía e independencia: los jóvenes se encuentran en las condiciones sociales y psicológicas que les permiten acceder a cierta autonomía, pero no siempre esto implica que tengan los recursos económicos suficientes para independizarse de sus familias de origen (Singly, 2005). Por otra parte, se advertiría una negativa a asumir ciertas responsabilidades tradicionalmente asociadas a la vida adulta, lo que ha sido concebido como un proceso de juvenilización de la sociedad (Balardini, 2005; Urresti, 2011b). De esta manera, se sugiere la emergencia entre los sectores más favorecidos de un nuevo grupo de edad: los “jóvenes adultos” (Arnett, 1997).

Las coordenadas epocales –que están por detrás de los jóvenes, sean éstos de estratos medios o bajos– se manifiestan en cada país en procesos sociohistóricos específicos y admiten variadas formas de elaboración e incorporación en la clase y en el género. Aunque comparte algunas tendencias con los países centrales, el contexto latinoamericano –caracterizado por una distribución fuertemente desigual de los recursos y de las oportunidades de inserción social– le otorga ciertas particularidades al proceso de transición a la vida adulta. Tanto en la Argentina (Bendit, Hahn & Miranda, 2008; Miranda, 2015; Pérez & Busso, 2015) como en Chile (Dávila & Ghiardo, 2012), Uruguay (Filardo, 2016) y México (Pérez Islas, 2008;
Salas & Oliveira, 2014), se subraya la existencia de dos modelos de emancipación claramente diferenciados en su secuencias y temporalidades de acuerdo con el nivel socioeconómico de los jóvenes. En este marco, se advierte que el retraso de los jóvenes provenientes de familias con mayores recursos convive con la emancipación temprana para los jóvenes de estratos bajos (CEPAL, 1998).

**Construcción del objeto: la experiencia juvenil de estratos medios en la
Ciudad de Buenos Aires**

En la Argentina, la literatura especializada distingue a los estratos medios urbanos por sus niveles medios y medios-altos de instrucción, así como por el tipo de ocupaciones desempeñadas en el mercado laboral, entre las cuales se incluyen dueños de pequeñas empresas, profesionales, técnicos y jefes, trabajadores administrativos y de comercio (Benza, 2016; Sautu, 2016). La pertenencia a los estratos medios y medios-altos introduce diferencias en los modos de experimentar las juventudes. Según los aportes al respecto, los jóvenes de estratos medios y medios-altos postergan su ingreso a las obligaciones que habitualmente corresponden a un adulto, tales como el trabajo y la familia propia, a la vez que permanecen durante más tiempo en el sistema educativo (Busso & Pérez, 2015; Ferraris & Martínez Salgado, 2015)[[5]](#endnote-5). En cambio, entre los jóvenes de estratos socioeconómicos bajos resulta habitual que haya interrupciones en la formación educativa, inserciones tempranas en el mercado laboral y compromisos familiares a menor edad (Pérez & Busso, 2015; Binstock & Gogna, 2015)[[6]](#endnote-6).

Para expresarlo en términos conceptuales, la experiencia juvenil en estratos medios y medios-altos se caracteriza por la conjunción de la “moratoria vital” (Margulis & Urresti, 1998) y la “moratoria social” (Erikson, 1974). Con esto nos referimos a que los jóvenes con mayores posibilidades económicas no sólo disponen de un “plus de tiempo por vivir”, de un “crédito temporal” significativamente más extenso que el de las generaciones anteriores (Margulis & Urresti, 1998: 18), sino que además atraviesan un período más prolongado dedicado a la capacitación, la experimentación y la preparación para el futuro.

Margulis y Urresti (1998) acuñan la categoría “moratoria vital” para designar esa disponibilidad de tiempo diferencial que resulta de ocupar una determinada posición en la estructura temporal vital y que se traduce en un “período de juego”, de búsqueda tentativa y experimentación, así como en un conjunto menor de compromisos asumidos y, por lo tanto, en un modo de habitar el presente menos condicionado y determinado por decisiones previas. En estratos medios y medios-altos, esta moratoria vital se conjuga con una moratoria social, ya que al pertenecer a familias con mayores recursos económicos los jóvenes tienen oportunidades de postergar las responsabilidades ligadas a un “adulto normal” (estadísticamente típico), visto como “… alguien que ha establecido su vida al margen de su familia de origen, que se autosustenta, que ha constituido su propia familia, que tiene hijos, que ha definido (…) –después de prepararse para ello– un destino laboral” (Urresti, 2011a: 7).

**Precisiones metodológicas**

Los resultados aquí presentados provienen de una investigación realizada en el marco de la tesis de maestría en Sociología Económica. El enfoque metodológico utilizado es cualitativo-interpretativo. La principal técnica de recolección de datos consistió en la entrevista en profundidad orientada biográficamente[[7]](#endnote-7). El trabajo de campo se realizó en dos etapas. La primera se desarrolló entre los meses de septiembre y diciembre de 2013; la segunda, entre septiembre y diciembre de 2014. Si bien priorizamos el abordaje cualitativo, también recurrimos a fuentes secundarias de carácter cuantitativo al estudiar ciertas características educativas, laborales y familiares de los sectores juveniles de la CABA, así como las condiciones de acceso a una vivienda en la Ciudad

Para establecer los primeros contactos, adoptamos el criterio de accesibilidad a través de redes personales y recurrimos a la técnica de bola de nieve a fin de acrecentar y complejizar la red. Los aportes de la literatura especializada sobre las características de los jóvenes de estratos medios y medios-altos, planteados en el apartado anterior, constituyeron el marco de referencia para la selección de los informantes. A medida que avanzaba el trabajo de campo, procuramos ampliar el rango de heterogeneidad para que emergieran nuevas categorías analíticas que orientaran la búsqueda de nuevos casos. La cantidad de informantes se estableció siguiendo el criterio de saturación de la información. Finalmente, quedó conformada una muestra de 20 jóvenes de estratos socioeconómicos medios de la CABA
–10 mujeres y 10 varones– que tienen entre 24 y 30 años, y se fueron de su hogar de origen entre el 2009 y el 2013.

Los jóvenes entrevistados iniciaron y completaron sus estudios secundarios entre los 13 y los 18 años en escuelas ubicadas en la CABA. Al año siguiente de finalizar la escuela media, ya cursaban carreras universitarias como Diseño de Imagen y Sonido, Psicología, Periodismo, Abogacía, Contador Público, Ciencias Políticas, Odontología, entre otras. Algunos se orientaron hacia carreras artísticas e ingresaron a conservatorios o institutos universitarios de Arte. La mayoría completó sus estudios, y algunos de los más jóvenes continúan cursando; varios de los que finalizaron la universidad iniciaron estudios de posgrado. Respecto de su situación laboral, todos son activos, perciben ingresos y se desempeñan en empleos afines a sus estudios, ya sea en el Estado, en empresas privadas u organizaciones no gubernamentales, o de forma independiente. Algunos comenzaron a trabajar mientras estudiaban en la universidad; otros esperaron a finalizar sus estudios. De una u otra manera, mientras vivían con su familia de origen, no aportaban a la economía del hogar.

En cuanto a su situación afectiva, ninguno de estos jóvenes está casado ni tiene hijos y la mitad está en pareja. Por lo general, son nietos o bisnietos de inmigrantes europeos y sus padres constituyen la primera generación de universitarios en sus familias, ya que si bien algunos de sus antecesores habían terminado la escuela media y unos pocos cursado estudios superiores, la mayoría sólo había llegado a finalizar la primaria. En relación con la situación laboral de estos padres, algunos son dueños de Pequeñas y medianas empresas o directores en estudios contables o jurídicos propios; varios se desempeñan como empleados administrativos en empresas privadas o instituciones estatales y algunos ocupan allí puestos jerárquicos. Estos padres son dueños de la vivienda que habitan en la CABA y algunos tienen más de una propiedad.

**Modos de convivencia juveniles en torno al nuevo hogar**

La salida del hogar de origen y la construcción de un hogar propio adquiere relevancia entre estos jóvenes de generaciones recientes porque viven su juventud en un momento histórico en el que han empeorado de forma significativa las condiciones de acceso a una vivienda digna en la CABA para distintos sectores de la población. El aumento del precio de las viviendas, la restricción de los créditos hipotecarios y el incremento del costo de los alquileres, en un contexto de desregulación del mercado inmobiliario, son algunos de los elementos que contribuyen a explicar la agudización de esta problemática durante los últimos diez años[[8]](#endnote-8) (Baer & Kauw, 2016). A estas dificultades se suman las mayores limitaciones que enfrenta la población juvenil respecto de la adulta para insertarse en empleos formales, con acceso a la protección social (Busso & Pérez, 2015; Ferraris & Martínez Salgado, 2015). En estas coordenadas, conseguir una vivienda para irse de la casa de origen resulta un proceso sinuoso y esquivo.

Ahora bien, aunque está fuertemente condicionado por factores como el precio de la vivienda (en relación con el nivel de los salarios), el acceso a créditos hipotecarios, el precio de los alquileres y las ayudas o subvenciones disponibles para los jóvenes, la dimensión económica no agota el fenómeno. La construcción de un hogar propio comprende una dimensión cultural fundamental: los códigos de significación –a través de los cuales los jóvenes construyen mundos de vida propios y matrices de producción de sentido– operan en sus modos de relación, en sus prácticas afectivas y están presentes en la formación de convivencias y espacios habitacionales (Margulis, 2009).

***La “casa de la amistad”***

“Me voy a vivir solo”, dice Ignacio y enseguida se corrige: “el irme solo no es literal, sino que es irme de mi casa [la de origen]. De hecho, nunca la pensé solo porque no me daba [el dinero]”. Las asociaciones y ayudas entre pares de generación, como por ejemplo los amigos, asumen un rol significativo para resolver la encrucijada: el deseo de “irse a vivir solo” –entendido como “irse de la casa familiar”– y, a la vez, la dificultad de concretarlo de manera individual por razones económicas. Estos hermanos de generación, con quienes se comparte la temporalidad social y por lo general el sector social de origen, operan como un apoyo emocional y afectivo, y a la vez como recursos para conseguir un espacio habitacional. Al igual que Ignacio, Nicolás relata que con sus dos amigos optaron por “vivir juntos” porque los tres se querían ir a “vivir solos”: “Juani se quería mudar solo, Manu se quería mudar solo, yo… Y un verano, que fue, no sé, a los 24, empezamos a mirar casas”.

Este arreglo de convivencia se concibe como un proyecto colectivo en el que se unifican las salidas de las casas de origen y se consigue una vivienda mediante una suerte de alianza. En las entrevistas realizadas, identificamos que la forma predominante de obtener la vivienda es el alquiler. Denominamos “asociativo” a este modo de salida del hogar familiar porque el nuevo hogar se forma a través de una asociación económica y residencial: los jóvenes comparten los gastos requeridos para iniciar un contrato de alquiler y asumen en común los gastos domésticos para vivir bajo un mismo techo. Como señala Tomás, el alquiler se torna colectivo: “nos dividimos los gastos entre los tres”. Si alguno “se bajaba”, el proyecto de mudanza “se caía”, destaca Nicolás.

Si bien el factor económico resulta clave para entender la asociación, no agota su sentido. Este modo de convivencia se construye sobre la base de relaciones afectivas horizontales, caracterizadas por la confianza y la intimidad, con amigos con quienes se compartieron espacios de socialización que preexisten al arreglo residencial y lo condicionan. A partir de lo que tienen en común, aúnan esfuerzos para construir de modo colectivo un hogar propio. Nicolás, por ejemplo, se fue de su casa de origen a los 23 con dos amigos que conocía “de la misma escuela a la que fuimos al jardín, al primario y al secundario”. Según cuenta, “éramos muy amigos de toda la vida... Formamos un triángulo equilátero perfecto”. Para Clara, que se fue a los 24 años con su amiga “de los 13”, “era como la cantada [evidente] que en algún momento iba a pasar. Nos íbamos de vacaciones juntas siempre, todo. El proyecto de mudanza era con ella”.

En este sentido, el lazo amistoso avanza sobre el lazo familiar para formar un nuevo grupo de convivencia, una “familia ad hoc”, en palabras de Nicolás. “Es casi como seguir viviendo con tus viejos pero sin tus viejos. Es como vivir con tus hermanos, digamos, una cosa así”, señala Ignacio. De alguna manera, el carácter afectivo del espacio habitacional de origen atraviesa a la vivienda como aspiración y objeto de deseo, futuro espacio del habitar. Sobre la vivienda buscada se proyecta lo que ha sido vivido en la casa habitada.

Me parece que mudarme con amigos fue una especie de generar como una familia ad hoc, no sé cómo explicarlo… La dinámica que se generó en la casa fue una cosa bastante familiar. En realidad, terminamos reproduciendo algo muy parecido a lo que pasaba en mi casa, sólo que con otras personas. Por ahí, eso era, era repetir ese vínculo con Juani y con Manu, que no eran de mi familia… Era como poder elegir sobre esos vínculos, y que esos vínculos no eran tan agobiantes como sí pasaba en mi familia, digamos. Si dos días no venía a cenar, Juani no me iba a hacer ningún planteo; por ahí mi vieja sí. (Nicolás, 28 años)

El hecho de que el proyecto de mudanza sea con “amigos de toda la vida” –y, en ocasiones, también con “anexiones” del tipo “amigo de un amigo”– le imprime una dinámica particular a los acuerdos residenciales. Como señalan los entrevistados, el grado de confianza e intimidad permite generar una “dinámica más grupal”. Los testimonios evidencian que la mutua cooperación no sólo atraviesa la obtención de la vivienda y el equipamiento del hogar, sino también la administración del dinero doméstico y de las tareas hogareñas. Estos jóvenes no forman hogares independientes dentro de una misma vivienda. La casa se administra en conjunto y, en verdad, es esa dinámica la que les permite abandonar el “nido”. Tomás, por ejemplo, cuenta que en su casa “no hay un jefe. Está bien dividido todo”. El testimonio de Nicolás refuerza esta idea: “nunca una decisión se toma individualmente, en la medida de lo posible nos esperamos a comer, hacemos actividades juntos… No somos tres personas que viven en una casa, digamos, somos como un grupo que vive en una casa”.

Así, las decisiones como negociaciones del alquiler o compras de electrodomésticos se realizan en conjunto y, si “no hay quórum, si no hubo acuerdo, quedan ahí”, explica Tomás. En este hogar asociativo, las decisiones son consensuadas, es decir, resultado de la experiencia compartida y, como tal, expresan aquello que los jóvenes tienen en común. A diferencia de los vínculos familiares, los pares de generación comparten códigos, experiencias y modos de percibir, de apreciar y clasificar que son propios. En comparación con su casa de origen, Nicolás explica: “acá no hay reglas, bah, no es que no hay reglas, sino que las que hay son las mismas que yo prohibiría. O sea, no me vomités en la puerta del cuarto. O, si vomitás, limpialo [risas]”. Al “compartir los mismos hábitos”, hacen “todo en conjunto”, cuenta Agustín; de alguna manera, “suplantaba al núcleo familiar materno –o paterno en mi caso–, pero con otro nivel de decisión, digamos, con otro nivel de autonomía”, explica.

En las diversas entrevistas aparece la figura del “fondo común” o “pozo de la casa” como modo de gestionar la convivencia. Tomás, por ejemplo, cuenta que “tenemos un pocito de la casa. Ponemos todos los meses. Juntamos para el alquiler y un poquito más, y ese poquito más va al pozo”. En general, los jóvenes suelen dividir entre “gastos personales” (por fuera del “matrimonio que teníamos nosotros tres” –dice Agustín– y costeados con dinero personal) y “gastos de la casa” (compartidos y administrados con dinero común). Por ejemplo, “compramos una estructura común: fideos, arroz, digamos, todo lo que se necesita estructuralmente en una casa… Productos de limpieza (…) Compartimos el *shampoo*, compartimos desodorante”. Al preguntarle para qué utilizan ese dinero compartido, Tomás responde lo siguiente:

Para la comida de Víctor Hugo [el gato], para los artículos de limpieza, para Lili que viene una vez cada quince días a limpiar y para… ahora ya no pasa tanto, pero al principio se rompía algo y había que arreglarlo o decíamos ‘bueno, juntemos durante un tiempo para pintar el living’, que fue lo que pasó. O arreglar la cocina. Fuimos de a poquito arreglando la casa también con ese pozo. (…) Era como siempre para tener algo por alguna contingencia, pero no una fortuna. Tratamos de no tener mucha plata en el pozo. (Tomás, 24 años)

Según los jóvenes entrevistados, la casa tiene además una “mística”. Se convierte en el “aguantadero natural”, “la casa de la amistad” o “la casa del pueblo”, como destacan varios. “Todos los fines de semana es gente, gente circulando (...) Siempre: martes, miércoles, jueves, siempre te cae alguien, entonces tenés como esa mística también, ¿no? Es la casa de la amistad”, la define Agustín. En su relato, Ignacio destaca este carácter festivo: “como vivía con dos amigos de mi mismo estilo de vida, también era un espacio mucho más de fiesta. (…) Ellos dos compartían esta visión de disfrutarlo, de tratar de no descuidar algunos aspectos pero de disfrutarlo a morir”.

La “casa de la amistad” se presenta como una suerte de “hogar puente” que les permite dar el paso hacia la construcción de un hogar propio, aunque no sea la casa definitiva. Tomás la define como “una casa de transición”, ya que “no es la que, obviamente, querré toda la vida, pero como para practicar para ese momento me parecía que estaba bueno también no irse solo-solo”. El siguiente testimonio de Nicolás muestra el nuevo hogar como un espacio de aprendizaje.

Los tres salíamos del nido materno y nos embarcábamos juntos en un proyecto que no teníamos ni idea de… ¡Yo no sabía hacer arroz, imaginate, no tenía la más pálida idea! “Voy a vivir a *delivery*”, decía. Fue como muy divertido, digamos, ¿no? Un poco aprender juntos, un poco que, bueno, alguno sabe de alguna cosa, entonces enseña; el otro sabe de otra cosa, entonces enseña. Pero, al ser en conjunto, fue como muy divertido, digamos, ¿no? Creo que si tuviese que haberlo hecho solo, por ahí hubiese encontrado una barrera un poco más dura. (Nicolás, 28 años)

Los jóvenes construyen junto a sus amigos un espacio habitacional que refuerza el vínculo afectivo al acentuar la intersubjetividad, la afinidad y el sentimiento compartido. Estas casas son una expresión material y simbólica de la amistad como espacio de sociabilidad. Juntos, aprenden a “vivir solos”. Tal vez por ello este modo de convivencia se concentra en el grupo de los más jóvenes. La mayor intensidad del crédito temporal y social entre los 20 y los 24 años habilitaría este arreglo residencial en el que la atmósfera festiva, lúdica y fraternal atraviesa el nuevo hogar.

***La “casa unipersonal”***

Vivir solo-solo, como enfatizan los entrevistados, es otra de las formas que asume el hogar propio. Tanto mujeres como varones expresan el deseo de atravesar “la experiencia de vivir solo” como una suerte de aventura y cuenta pendiente que, de no probarla, se arrepentirían. La vida solo se presenta como una fuente de aprendizaje y de oportunidades, un descubrimiento sobre uno mismo, algo así como un viaje al interior de sí. Sebastián, por ejemplo, cuenta que a los 24 años su novia de entonces le propuso que se fueran a vivir juntos, pero él desistió: sentía que era “joven” para convivir. Entre risas, recuerda: “tenía 24 años. Yo decía: ‘si me voy a convivir no puedo más salir a bailar y volver a las 7 am gateando’”. Un año después, se separó. Para Andrés, la experiencia de vivir solo es “algo que todos tienen que hacer”; por eso, aunque estaba de novio, eligió atravesarla.

Es algo que creo que todos tienen que hacer. Tener la experiencia de vivir solos es algo fantástico. Antes de irse a vivir en pareja, tener un tiempo de vivir solo. Y uno, aparte, se aprende a conocer más viviendo solo porque estás solo con vos y te das cuenta de algunas cosas que… o falencias que antes no las notabas tanto porque tenías otra gente que te acompañaba. (Andrés, 26 años)

“Vivir solo” va ganando terreno entre los jóvenes de estratos medios y se incorpora en el acervo de las determinaciones de la vida social. Como Andrés y Sebastián, Florencia también había considerado irse a vivir con su novio, pero priorizó la “experiencia de vivir sola”. En esta decisión aparece su deseo personal –ligado a una idea de maduración y “autoconocimiento”– y, a la vez, la influencia del psicólogo, la familia y los amigos.

Creo que me repercutió bastante la opinión de los demás: mi psicóloga, mi papá, mis amigas me aconsejaban que tenía que pasar por la experiencia de vivir sola, como un proceso de autoconocimiento, como un paso en la madurez. Después, cuando cambié de trabajo y la situación se hizo sostenible, decidí hacerlo. En ese momento pensé que era lo ideal vivir sola, por un lado, para aprovechar el momento de la vida, de armar una casa a mi antojo, con los muebles que yo quiera y poder tomar todas las decisiones. Creo que a la vez subyacían esas opiniones de terceros que te mencioné. (Florencia, 26 años)

Conseguir una vivienda es una de las dificultades que deben afrontar quienes se proponen vivir solos. Varios contaron con “ayuda familiar”, en particular de los padres y los abuelos. El regalo o préstamo de una casa o del dinero requerido para comprar o alquilar una vivienda son modalidades frecuentes de esa ayuda. A Matías, por ejemplo, sus padres le regalaron una vivienda y a Micaela su papá le prestó un departamento. Según cuenta ella, el acuerdo fue que buscaría un “trabajo fijo”, en lugar de tener “trabajos temporales”, y se ocuparía de “todos los gastos de la casa”, mientras que su padre no le cobraría alquiler. Micaela define la vivienda prestada como un “regalo incompleto”, ya que si bien no paga alquiler, su padre sigue siendo el dueño de la propiedad. A Pablo también le prestaron una vivienda sus padres; sin embargo, a diferencia de Micaela, él decidió pagarles un alquiler. Al preguntarle cómo se estableció el monto, Pablo revela que “es raro” porque no se trata de un “alquiler completo”: “es algo que yo puedo pagar, que no me ahoga y que tiene algo que ver con la realidad de lo que puede salir un dos ambientes en un barrio como éste con las expensas incluidas”. Por eso Pablo se define como un “inquilino a medias”.

Daniela y Florencia también contaron con la “ayuda familiar” para irse de la casa de origen; a modo de “regalo”, sus padres pagaron los costos de entrada a un departamento en alquiler (depósito, un mes por adelantado y dos meses de comisión). Vanesa, en cambio, recibió un “credipapis”, tal como ella define al financiamiento familiar por el cual obtuvo la propiedad. Tenía 24 años, ya se había recibido de abogada y hacía cinco años que trabajaba en un organismo estatal. Desde que comenzó a trabajar a sus 19 años, Vanesa ahorraba una parte de su ingreso a través de la compra de dólares; además, había recibido parte de una herencia al fallecer su padre. Si bien tenía ese dinero, le faltaba el 50% del valor de la propiedad que quería comprar. Ese dinero –en dólares– se lo prestaron la madre y su novio, Ricardo, con quien convivía desde los 15 y “era de la familia”. Sin plazos determinados para su devolución, Vanesa acordó con ellos “como si fuera un plazo fijo del banco”: les pagaba “los intereses que le daba el plazo fijo”.

Cabe advertir que vivir solo no necesariamente involucra una independencia económica plena; en ocasiones, puede implicar un período inicial –más o menos prolongado– en el cual la casa del joven se configura como una “casa satélite” de la de origen, pues recibe transferencias monetarias bajo la forma de regalos o préstamos de la familia para costear los gastos domésticos. Por ejemplo, durante los primeros seis meses, hasta que consiguió su “primer trabajo en blanco”, Micaela recibió no sólo la vivienda prestada, sino también dinero para solventar los gastos cotidianos. “Mi viejo pagaba las expensas y los gastos de la casa”; además, “[mi mamá] siempre me preguntaba si necesitaba guita [dinero], íbamos al supermercado, hacíamos una compra y la pagaba ella”, o “las primeras épocas mi vieja me ayudaba en el sentido de si yo me quería comprar algo de ropa o si se me rompía algún electrodoméstico, o me daba una mano con algún gasto así como más significativo”. Estas casas satélites –u hogares porosos– manifestarían experiencias de autonomía relativa, e incluso cierta desconexión entre la independencia económica y la independencia habitacional.

Ahora bien, la familia de origen no siempre es una opción. Como señala Melina, a diferencia de sus amigas, ella no contaba “con ese respaldo de que si pasa algo saben que la vieja o los viejos le van a dar una mano (…) Mi vieja no me podía pasar plata”. En estos casos, los jóvenes esperan para irse hasta tener un “colchón” [fondo de ahorro] que les permita costear los gastos de una vivienda y la vida en el nuevo hogar. Por eso, devienen fundamentales el dinero ganado como resultado de la inserción laboral y las prácticas de ahorro. A diferencia de los jóvenes anteriores, Melina, Andrés y Sebastián relatan la salida de su casa de origen a partir de su trayectoria laboral.

Al igual que la “casa de amigos”, la “casa unipersonal” articula deseos de libertad y autonomía respecto de la familia de origen. Laura señala que irse de la casa de sus padres estaba cargado de “todas las expectativas que tenía también a nivel de la individualidad, de crecer yo misma”. Como reconocen varias de las jóvenes entrevistadas, sus abuelas y –en menor medida– sus madres no tuvieron la “oportunidad” de experimentar este período de “vivir sola”, ya que la salida de la casa de origen implicaba la convivencia en pareja. Pablo, por su parte, recuerda que quería “adueñarse” de su tiempo, personalizar sus rutinas: “allá [en la casa de origen] nunca era dueño de mi tiempo del todo porque alguien te puede abrir la puerta y decirte: ‘poné la mesa’, ‘atendé al gasista’, ‘atendé el teléfono’”. Como lo expresa Agustín, estaba en búsqueda de espacios de autonomía personal: “llegaba un momento que me exasperaba porque era una invasión a la individualidad que ya me era insoportable a cierta edad, como… ‘dejame’”. Algo similar señala Florencia en el siguiente testimonio:

Quería tener mi espacio realmente, donde yo podía invitar a quien quisiera cuando quisiera. Tener mis horarios. Nada, no tener que avisar, si te vas, no te vas, si volvés o no volvés. Cosas que a uno, viste, le van cansando ya. (…) Son un montón de cosas que… Yo ya no tenía ganas de dar explicaciones. Todo lo que tenga que ver con tranquilidad, tus tiempos, tu espacio; que para mí siempre fui muy importante, yo siempre fui muy independiente, y eso de que me invadan siempre me provocó un poco de malestar. (Florencia, 26 años)

En este sentido, aunque la autoridad parental se ha flexibilizado, dando lugar a relaciones entre padres e hijos más democráticas y negociadas (Furlong, 2000; Singly, 2005), lo cierto es que estos jóvenes de estratos medios procuran un espacio físico para ampliar su espacio interior pues, sin él, estos padres no reconocen que “la nena había crecido”, como dicen Daniela y Florencia. El hogar propio opera como un mensaje para los adultos: es un signo de autonomía e independencia familiar. La casa unipersonal se presenta como un espacio de autorrealización, de prueba de la “autonomía” entendida como enfrentarse solos a los desafíos cotidianos. Para Sebastián la salida del hogar de origen es una experiencia vinculada con la autonomía que no tiene “nada que ver” con “querer una familia”, sino con una experiencia que lo hace “crecer”.

Cuando me fui de lo de mis viejos, sentí como una sensación de crecimiento personal. Fue como darme cuenta de que podía hacer eso. (…) Capaz me siento un poco más grande, porque antes era un nene, qué sé yo, llegar a casa y tener la comida hecha, la cama hecha, que te laven la ropa, que te la planchen, y ahora todo lo tiene que hacer uno. Entonces, como que uno dice, “bueno, crecí en cuanto a responsabilidad con respecto a la casa”. No es que ahora de repente voy a... qué sé yo, “quiero tener un hijo y una familia”. No. Eso no tiene nada que ver con vivir solo o con tus papás. Uno puede vivir con sus viejos y decir “me muero de ganas de tener un hijo”. Pero no... Yo en lo que cambié, sí, me di cuenta de que hay una determinada cantidad de cosas que antes no hacía y que ahora tengo que hacer y que están asociadas a una persona adulta, entonces... bueno, me tocó crecer. (Sebastián, 27 años)

“Vivir solo” no es “estar solo”. El nuevo hogar se configura como un espacio de encuentro y sociabilidad con los pares, donde pocas veces los adultos ­­­–sus padres– concurren. Sebastián, por ejemplo, señala que un requisito para buscar vivienda fue que tuviera parrilla, ya que su casa suele ser escenario del ritual semanal de la cena con amigos. Por su parte, Daniela destaca que, si bien vive sola, sus amigas forman parte del hogar: “mis amigas tienen, todas, llave de acá de casa (…) A mí me encanta, porque es como que siento... digo, es mi espacio, pero también me gusta compartirlo”. A su vez, el hogar propio se presenta también como el terreno de la experimentación en material sexual. Tanto a Micaela como a Pablo la independencia habitacional les posibilitó abrir el juego a la construcción de relaciones sexo-afectivas, ya que prestó lugar al sexo ocasional –a veces frecuente– y a la intimidad para la construcción de nuevos vínculos que pueden devenir –o no– en noviazgos.

Florencia, por ejemplo, tampoco vive siempre “sola-sola”, porque su novio duerme allí con frecuencia e, incluso, según contó, algunos meses paga las expensas. Esta suerte de cohabitación parcial con el novio también aparece en la experiencia de Micaela. Al año de vivir sola, ella ya no vivía “sola-sola”: “[Joaquín, su novio] empezó durmiendo dos o tres veces por semana, después se fue haciendo que dormía una o dos veces por semana en la casa de los viejos nada más. Me empezaba a decir ‘vamos al supermercado y compro yo’”. Según relata, esto se mantuvo tres o cuatro meses hasta que “se mudó de hecho”. Para Micaela, “fue de a poco, medio de hormiga… una cosa llevó a la otra. No hubo nada de sentarse a charlar. Fue más como naturalmente”. Además, como se desprende del siguiente testimonio, ella sentía que ya había probado la “experiencia de vivir sola”: “sentía que ya había vivido un tiempo sola y que lo había podido aprovechar esta independencia de haberme mudado de la casa de mi vieja. No es que alguien me la había coartado; que había podido hacer mi proceso”.

Los testimonios de estos jóvenes evidencian que quienes valoran y atraviesan el vivir solo postergan la convivencia en pareja. Si bien ésta se mantiene como modelo y proyecto de vida, no aparece como una primera forma de habitar al salir de la casa de origen. En este sentido, este tipo de experiencias se vincula con una “moratoria en la formalización de los vínculos afectivos” (Urresti, 2011b) y da lugar a situaciones provisorias e intermedias entre el hogar unipersonal y el hogar de pareja. Los modos de convivencia de estos jóvenes que no viven solos-solos configuran una suerte de hogar fraccionario, potencial antesala de la “casa de novios”, donde se ensaya la dinámica doméstica que luego, con la convivencia de hecho, se establece y se vuelve a negociar.

***La “casa de novios”***

Así como ocurría entre amigos, algunas parejas unifican sus salidas de la casa de origen y consiguen una vivienda de forma asociativa y colaborativa. El análisis de las entrevistas muestra que entre novios el arreglo residencial también constituye la condición de posibilidad para irse de la casa de origen. Si bien se presenta con una temporalidad diferente a la transitoriedad de la “casa de la amistad”, pues estos jóvenes esperan que la asociación económica y residencial perdure, los arreglos entre novios presentan similitudes con los observados entre amigos.

Cuando tenía 24 años, Juan se juntó con su novia (Camila) para emprender juntos la salida de la casa de origen. “Ella se quedaba a dormir más de una vez por semana conmigo en lo de mi vieja, ponele dos veces por semana”, cuenta. Después de dos años de haber trabajado él en un organismo estatal, y con dinero ahorrado, Juan y Camila decidieron irse de sus casas de origen a vivir juntos. Según cuenta él, “estábamos muy bien como pareja, ya hacía dos años que salíamos y sufríamos bastante la distancia y todo nos llevaba a eso. Yo me quería ir de mi casa, Cami se quería ir de su casa y llegamos a la conclusión de decir: ‘bueno, busquemos’”. Para ellos, irse a vivir juntos resultaba “la mejor solución para otros problemas que teníamos de distancia” y, además, sabían que no podían hacerlo solos por razones económicas; sobre todo Camila quien, según cuenta Juan, trabajaba en una fotocopiadora mientras estudiaba para maestra de grado, ganaba “dos mangos, no le daba para sustentarse ella en lo cotidiano”. Al igual que en el modo asociativo con amigos, aquí la pareja también opera como capital, un recurso que se moviliza para salir de la casa de origen y conseguir una vivienda.

Lucas, un joven profesional que trabaja como odontólogo en diversos consultorios médicos, también se juntó con su novia (Vicky) para irse de la casa de origen. Al igual que Juan, Lucas cuenta que, mientras vivía en la casa de sus padres, dormía todos los días con su novia: “casi siempre dormíamos en mi casa. Ponele, de siete días de la semana, cinco estaba en mi casa, dos estábamos en la casa de ella, el fin de semana”. Eso generaba ciertos conflictos tanto con la familia de origen como entre ellos. “Estábamos todo el tiempo trasladando las cosas: la ropa… teníamos que andar pensando qué nos poníamos al día siguiente”, destaca. Tanto Juan como Lucas y sus respectivas novias alquilaron un departamento en la Ciudad mediante una suerte de alianza: la entrada al departamento y el alquiler fueron –y son– gastos compartidos. Lucas define la salida de la casa de origen como un “logro en conjunto de los dos, todo de los dos”.

Los dos tenemos la misma realidad... Todo esto es fruto nuestro, que nosotros lo generamos con una satisfacción conjunta propia. Y todo a medias, a medias. Poníamos… ponele, comprábamos con la tarjeta y venía la tarjeta y “gorda, tenemos que pagar tanto”, e íbamos y comprábamos todo a medias. Siempre fue todo a medias. (Lucas, 27 años)

Antes de mudarse, Lucas y Vicky hicieron “cuentas” sobre cuánto podían gastar. “Nos quemaba la cabeza [preocupaba] el tener miedo a no llegar. O sea, ya viviendo, no llegar. Vivíamos haciendo cuentas”, recuerda Lucas. Al igual que los jóvenes que viven con amigos, los gastos domésticos son compartidos pues, en verdad, el hecho de que “todo se divida por dos” es lo que les ha permitido irse de la casa de origen. Según cuenta Lucas, los primeros meses mantuvieron el arreglo que tenían cuando vivían separados: “fue más mitad y mitad”. Luego, revisaron tal arreglo y establecieron un “pozo común” de la siguiente manera:

Los primeros meses fue más mitad y mitad. Pero, claro, yo ganaba más que ella entonces como que costaba… Lo que hacíamos era pagar mitad cada uno, a ella no le alcanzaba, entonces salía yo, iba y pagaba, salía yo, iba y pagaba, salía yo, iba y pagaba. Entonces como que eso… Yo estaba medio fastidioso con ese tema. Tenía muchísimo gasto todo el tiempo ¡Todo el tiempo! No podía ahorrar nada los primeros dos meses, el tercer mes fue ya más tranquilo. “Vamos a organizar de otra manera”, dijimos. “Vamos a aportar…”. ¿Por qué? Porque como ella… Te repitó, ella gasta mucho… Entonces, pusimos 80% cada uno de su sueldo. Sea lo que sea, pusimos 80% de los dos en un pozo común. Entonces está ahí en un pozo común y después cada uno ahorra por separado. ¿Por qué? Porque ella todos los meses se compra algo, o sea, todo el tiempo se compra algo. ¿Vos te querés comprar algo?, cómpratelo vos con tu plata. ¿Vos te querés comprar unos zapatos?, comprátelos con tu plata, ¿vos te querés ir a la peluquería y gastar mil pesos en la peluquería?, compralo con tu plata. Yo lo ahorro porque yo no siento la necesidad. (Lucas, 27 años)

El testimonio citado evidencia que en la “casa de novios” se establece un criterio de división del dinero parecido, en cierta medida, al que ocurre en la “casa de la amistad”, ya que el “pozo común” también atraviesa la administración doméstica de esta casa. Al recibir el sueldo, Lucas y su novia “marcan”[[9]](#endnote-9) su dinero individual según sea “plata en común”, utilizada para gastos compartidos, y “plata de cada uno”, destinada a gastos personales. En este sentido, el dinero doméstico resulta de una fracción del dinero individual de cada uno puesta en común según una lógica de la equivalencia, en este caso, por porcentajes del sueldo antes que en función de una cantidad estipulada de antemano.

En la “casa de novios” los proyectos comunes traspasan las fronteras domésticas. Si bien Lucas indica que el ahorro es personal –cada uno ahorra por separado–, los testimonios evidencian que puede devenir una tarea compartida cuando hay proyectos comunes a largo plazo, como vacaciones o la adquisición de un auto. Agustina, por ejemplo, una abogada de 27 años que alquila con su novio un departamento, explica lo siguiente:

Hay proyectos en común que pueden ser ordinarios y relacionados con el día a día, o más a largo plazo como la proyección de un ahorro para un viaje o compra de algún elemento en particular. Y, por otro lado, también hay proyectos totalmente personales como el continuar una maestría o doctorado, los amigos, actividades físicas o recreativas que se hacen individualmente. (…) Es como que en otras cuestiones se mantiene una relación de noviazgo donde cada uno cuenta con libertades y proyectos personales, sobretodo porque no tenemos hijos. (…) Pero bueno, estas cuestiones están charladas y consensuadas, tratando de que nuestros tiempos de alguna manera coincidan. Y si no, hay que saber esperar el tiempo del otro… Que es lo más difícil [risas]. (Agustina, 28 años)

En el análisis utilizamos la expresión “casa de novios”, inspirados en la categoría nativa “casa de la amistad”, para referirnos a estas viviendas asociativas conformadas por parejas sin hijos. Consideramos que esta expresión permite ilustrar las características del arreglo residencial sin la connotación que tienen los términos demográficos “hogar conyugal” u “hogar familiar”. Al igual que en la “casa de la amistad” y en “casa unipersonal”, la “casa de novios” también está atravesada por el espíritu de prueba y experimentación. Al preguntarle si habían pensado en comprar, Juan cuenta que evaluó obtener un crédito hipotecario para comprar pero luego desistió; tres años después reconoce: “yo quería alquilar para hacer la experiencia sin tener ninguna atadura. (…) Quería algo no tan definitivo como un préstamo hipotecario, que pudiera durar muchos años. Era un pendejo”.

Aunque se realiza bajo el formato de convivencia en pareja, tanto para Juan como para Lucas y Agustina, la salida de la casa de origen se vincula con una experiencia de crecimiento personal. Frente a la pregunta por las expectativas sobre el hogar propio, Juan responde: “es esto que te decía de sentir que diste un paso adelante y que lo hiciste vos y que sos capaz de hacer más cosas. Es eso, es una satisfacción y es una maduración”.Esta concepción tal vez obedezca a que la pareja se construye y consolida compartiendo el espacio habitacional; en otras palabras, porque la convivencia forma parte de la relación de noviazgo.

**Reflexiones finales**

La conformación de un hogar propio se presenta para estos jóvenes de estratos medios como una conquista material y simbólica, ya que adquieren un espacio físico y, a la vez, un espacio de autonomía y aprendizaje. El análisis de las entrevistas evidencia que la salida del hogar de origen está asociada a la búsqueda de un espacio habitacional donde establecer las propias reglas de convivencia, en diálogo con sus pares de generación y, con frecuencia, en oposición a las de sus padres. El nuevo hogar se configura como un espacio propio, fundado sobre la base de valores, preferencias y gustos determinados por sus protagonistas; un laboratorio propicio para aprender a manejarse solos y experimentar la autonomía. Construido a partir de decisiones propias que son, ante todo, generacionales, en este espacio se reconocen como individuos y se revelan como hermanos de generación. Sea con amigos, solos o en pareja, los arreglos de convivencia llevan la marca de su tiempo histórico y social.

En este sentido, la construcción de este hogar no debe leerse desde el argumento del narcisismo y el individualismo. En tiempos de liquidez e hiperconectividad en que los vínculos parecen atravesados constantemente por la esfera virtual, los relatos de los jóvenes dan cuenta de la necesidad de encontrarse, contenerse y cooperar. La salida del hogar de origen apunta a concretar una independencia respecto de la vida familiar, así como también conquistar una cotidianeidad con los amigos y la pareja. Por ello, estos hogares constituyen espacios de sociabilidad y de intercambio grupal, una expresión material y simbólica de los lazos afectivos que componen el mundo juvenil.

El crecimiento personal, el desarrollo de la individualidad y la búsqueda de nuevas experiencias de vida han sido algunas de las motivaciones señaladas por los entrevistados para emprender la salida de la casa de origen. Tanto la “casa de la amistad” como la “casa unipersonal” y la casa de novios” involucran la búsqueda de un espacio interior, es decir, ampliar los márgenes de la vida personal respecto de la vida familiar. Ente estos jóvenes de estratos medios, la construcción de un hogar propio es una suerte de viaje, en el sentido de exploración, descubrimiento y cambio, una aventura en la que se embarcan asumiendo riesgos y con resultados más o menos inciertos, según las combinaciones entre sus recursos, los de la familia de origen y el contexto social.

Este artículo postula la existencia, en estratos medios, de una experiencia habitacional propiamente juvenil: abierta, en cambio constante, provisoria, en proceso de construcción. En consonancia con los planteos sobre la desestandarización de las transiciones juveniles, el relato de estos jóvenes indica que la salida de la casa de origen se inscribe en un momento de la vida en la que ésta aparece en pleno proceso de desenvolvimiento. Tanto a nivel profesional como afectivo y personal, los entrevistados perciben su vida en movimiento, como una obra en construcción: el futuro se les presenta abierto e indefinido. Ciertas certezas, como haber culminado la carrera o tener un empleo formal afín, coexisten con algunas vacilaciones en torno a su futura situación afectiva o profesional. En estos jóvenes, el hogar propio se construye sobre la base de la amistad y el noviazgo, y se desvincula de la formación de una familia tradicional, entendida como una pareja con hijos.

Estos arreglos residenciales son una expresión de los procesos socioculturales ligados a la flexibilización de las normas sociales que en el pasado sujetaban la vida de las personas. En la actualidad, en estratos medios no sólo no hay que pasar por el registro civil para irse de la casa de origen, sino que tampoco es requisito convivir con la pareja. Entre los jóvenes entrevistados, incluso entre aquellos que habitan en pareja, la formación de una familia no constituye un anhelo en el futuro inmediato, si bien representa un modelo de convivencia imaginado. Como vimos, las “casas de novios” están más próximas a ser hogares horizontales que, con el tiempo y como fruto de la cohabitación prolongada, pueden tanto devenir en familias como diluirse. Con algunas similitudes con la “casa de la amistad” en lo que hace a la forma de llegada a la vivienda y la administración del dinero doméstico, estas “casas de novios” sugieren que la convivencia es una etapa de construcción y consolidación de la pareja, antes que el resultado o producto de su conformación.

En este contexto sociocultural, vivir bajo formas no familiares aparece en la experiencia juvenil de estratos medios como una suerte de consigna generacional. En particular, entre las mujeres estos arreglos de convivencia representarían nuevas modalidades de realización personal que acompañan los proyectos de estudio y trabajo. Consideramos que esta experiencia de vivir sola o con amigas es el producto de una larga historia de lucha por la igualdad social entre los géneros. A su vez, en relación con los varones, las casas de amigos y las unipersonales podrían contribuir al desarrollo de nuevas masculinidades, ya que suponen reconfiguraciones en torno a las tareas domésticas. Cabría pensar que estos modos de convivencia entre jóvenes varones y mujeres de estratos medios tendrán impacto en la posterior formación de la familia, en la medida que en estas primeras experiencias residenciales se aprenden nuevas dinámicas de convivencia que podrían trasladarse a las posteriores casas familiares.

Dado este carácter formativo y experimental que asume el hogar propio en estos jóvenes, proponemos la categoría “casa juvenil” para definir un espacio habitacional que se distingue tanto de la casa familiar de origen como de una casa familiar de destino, asociada a una pareja con hijos. Estas casas juveniles, comprendidas en el marco de los procesos de juvenilización que afectan a los estratos con niveles educativos altos, se vinculan con la extensión de la moratoria social en ámbitos como la formación de la pareja y la familia. Los resultados aquí obtenidos muestran que la construcción de un hogar propio no clausura la etapa juvenil sino que forma parte de ella, puesto que se encuentra atravesada por las tres características vitales de la experiencia juvenil en estratos medios. En primer lugar, por su crédito temporal la conformación del hogar propio se presenta como inaugural, experimental y en proceso de desenvolvimiento. En segundo lugar, por su posición en la estructura temporal, estos jóvenes son nativos del presente y sujetos en formación bajo circunstancias históricas específicas, por lo cual el hogar construido también es nativo del presente y una obra en construcción. Por último, por su estrato social, este espacio habitacional es un producto de la moratoria social que como tal lo constituye. Construido por estos jóvenes, el hogar se juveniliza.

**Referencias**

Ariño, M., & Mazzeo, V. (2013). Estrategias familiares de la generación post-70 en la Ciudad de Buenos Aires: ¿jóvenes viejos o niños eternos? *Población de Buenos Aires*(17), 65-78. ISSN: 1668-5458.

Arnett, J. J. (1997). Young People's Conceptions of the Transition to Adulthood. *Youth & Society, 29*(1), 3-23. ISSN: 0044-118X.

Baer, L., & Kauw, M. (2016). Mercado inmobiliario y acceso a la vivienda formal en la Ciudad de Buenos Aires, y su contexto metropolitano, entre 2003 y 2013. *Revista EURE, 42*(126), 5-25.ISSN: 0717-6236.

Balardini, S. (2005). De los jóvenes viejos a la juvenilización del mundo. Jóvenes, juvenilismo cultural y adultismo político. *Seminario Internacional La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspecrtivas. Panel: La experiencia juvenil contemporánea* (págs. 1-5). Huerta Grande, Córdoba: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación. Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente. Área de Desarrollo Profesional Docente.

Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo: hacia la nueva modernidad.* Barcelona, España: Paidós.

Beck, U., & Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas.* Barcelona, España: Paidós.

Bell, D. (2006). *El advenimiento de la sociedad postindustrial.* Madrid, España: Alianza Editorial.

Bendit, R., Hahn, M., & Miranda, A. (2008). *Los jóvenes y el futuro. Procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado.* Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Benza, G. (2016). La estructura de clases argentina durante la década 2003-2013. En G. Kessler (comp.), *La sociedad argentina hoy* (pp. 111-140). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Biggart, A., Furlong, A., & Cartmel, F. (2008). Biografías de elección y linealidad transicional: nueva conceptualización de las transiciones de la juventud moderna. En R. Bendit, M. Hahn, & A. Miranda (comp.), *Los jóvenes y el futuro. Procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado* (pp. 34-49). Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Binstock, G., & Gogna, M. (2015). La iniciación sexual entre mujeres de sectores vulnerables en cuatro provincias argentinas. *Sexualidad, salud y sociedad. Revista Latinoamericana*(20), 113-140. ISSN 1984-6487.

Busso, M., & Pérez, P. E. (2015). Combinar trabajo y estudios superiores. ¿Un privilegio de jóvenes de sectores de altos ingresos? *Población y Sociedad, 22*(1), 5-29.ISSN: 0328-3445.

Casal, J., García, M., Merino, R., & Quesada, M. Á. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers, Revista de Sociología, 79*(798), 21-48.

Castel, R. (1995). *La metamorfosis de la cuestión social.* Buenos Aires, Argentina: Paidós.

CEPAL. (1998). *Emancipación juvenil: trayectorias y destinos.* Montevideo, Uruguay: CEPAL.

CEyS. (2014). *Diagnóstico socio-habitacional de la Ciudad de Buenos Aires.* Consejo Económico y Social de la Ciudad de Buenos Aires, Comisión de Vivienda. Buenos Aires: Consejo Económico y Social de la Ciudad de Buenos Aires (CEyS).

Chaves, M., & Ramiro, S. (2015). *Hacerse un lugar. Circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos.* Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Chaves, M., Fuentes, S., & Vecino, L. (2016). *Experiencias juveniles de desigualdad.* Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Universitario.

Ciganda, D., & Pardo, I. (2014). Emancipación y formación de hogares entre los jóvenes uruguayos: las transformaciones recientes. *Papeles de Población, 20*(82), 203-231. ISSN 1405 - 7425.

Coubès, M.-L., & Zenteno, R. (2004). Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo. En M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío, & R. Zenteno (comp.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historia de vida* (pp. 331-352). D.F., México: El Colegio de la Frontera Norte.

Dávila, Ó., & Ghiardo, F. (2012). Transiciones a la vida adulta: generaciones y cambio social en Chile. *Última Década*(37), 69-83. ISSN 0718-2236.

DGEyC. (2016). *Nupcialidad en la Ciudad de Buenos Aires. Años 1990-2015.* Dirección General de Estadísticas y Censos, Ministerio de Hacienda. Buenos Aires: Dirección General de Estadísticas y Censos (DGEyC).

DGEyC. (2017). *La fecundidad en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: situación al año 2015.* Dirección General de Estadísticas y Censos, Ministerio de Hacienda. Buenos Aires: Dirección General de Estadísticas y Censos (DGEyC).

Di Leo, P., & Camarotti, A. C. (2013). *Quiero escribir mi historia. Vidas de jóvenes de barrios populares.* Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Du Bois-Reymond, M., & López Blasco, A. (2004). Transiciones tipo yo-yo y trayectorias fallidas: hacia las políticas integradas de transición para los jóvenes europeos*. Revista Estudios de Juventud*(65), 11-29.ISSN: 0211-4364.

Echarri Cánovas, C. J., & Pérez Amador, J. (2007). En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México. *Estudios Demográficos y Urbanos, 22*(1), 43-77. ISSN: 0186-7210.

Erikson, E. (1974). *Identidad, Juventud y Crisis.* Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Ferraris, S. (2015). *Vivir el momento justo. Transiciones a la adultez de mujeres del Área Metropolitana de Buenos Aires. Generaciones 1940 a 1979.* (Tesis doctoral). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Ferraris, S., & Martínez Salgado, M. (2015). Entre la escuela y el trabajo. El tránsito a la vida adulta de los jóvenes en la Ciudad de Buenos Aires y el Distrito Federal. *Estudios demográficos y urbanos, 30*(2), 405-431. ISSN: 0186-7210.

Filardo, V. (2016). Integralidad en el Análisis de las trayectorias educativas. *Revista Educação & Realidade, 41*(1), 15-40. ISSN 2175-6236.

Furlong, A. (2000). La juventud en un mundo cambiante. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*(64), 2-6. ISSN: 1405-3543.

Furlong, A., & Cartmel, F. (1997). *Young people and Social Change: Individualisation and Risk in the Age of High Modernity.* Buckingham, Inglaterra: Open University Press.

Galland, O. (2001). *Sociologie de la jeunesse.* Paris, Francia: Armand Collin.

Giddens, A. (1995). *Modernidad e Identidad del yo. El yo y la sociedad en la época.* Barcelona, España: Ediciones Península/ Ideas.

Gil Calvo, E. (2001). *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías.* Madrid, España: Taurus.

Jacinto, C. (2010). *La construcción social de las trayectorias laborales de los jóvenes Políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades.* Buenos Aires, Argentina: Teseo/IDES.

Lupica, C., & Cogliandro, G. (2013). *Cuadernillo estadístico de la maternidad n°7. Maternidad en Argentina: aspectos demográficos, sociales, educativos y laborales: procesamiento de datos de la Encuesta Permanente de Hogares, INDEC. Período 2006-2012.* Buenos Aires: Observatorio de la Maternidad.

Machado Pais, J. (2002). Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida (Jóvenes portugueses). Estudios de Juventud(56), 87-101. ISSN-e : 0211-4364.

Margulis, M. (2009). *Sociología de la Cultura. Conceptos y problemas.* Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Margulis, M., & Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En AA.VV, *Viviendo a toda: Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (pp. 3-21). Bogotá D.C, Colombia: Siglo del Hombre Editores.

Miranda, A. (2015). *Sociología de la educación y transición al mundo del trabajo.* Buenos Aires, Argentina: Teseo.

Observatorio de la Juventud. (2016). *La conformación de un nuevo hogar. El proceso de emancipación, independencia y adquisición de nuevas responsabilidades en los jóvenes de 15 a 29 años de la CABA*. Observatorio de la Juventud. Buenos Aires: Dirección General de Políticas de Juventud.

Salas, M.M., & Oliveira, O. (2014). *Desafíos y paradojas: los jóvenes frente a las desigualdades sociales.* D.F., México: El Colegio de México.

Singly, F. (2005). Las formas de terminar y de no terminar la juventud. *Revista de Estudios de Juventud*, 111-121. ISSN: 0211-4364.

Pérez Islas, J. (2008). Entre la incertidumbre y el riesgo: ser y no ser, esa es la cuestión... juvenil. En R. Bendit, M. Hahn, A. Miranda, & (comp.), *Los jóvenes y el futuro. procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado.* Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Pérez, P., & Busso, M. (2014) (Coord.) *Tiempos contingentes: inserción laboral de los jóvenes en la Argentina posneoliberal*. Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila/CEIL/Trabajo y Sociedad.

Reporte Inmobiliario. (2013). *Precios de departamentos, cuotas de crédito y alquileres.* Recuperado de http://www.reporteinmobiliario.com.ar/nuke/article2560-precios-de-departamentos-cuotas-de-credito-y-alquileres.html

Roberti, E. (2016). Los sentidos (des)centrados del trabajo: Hacia una reconstrucción de los itinerarios típicos delineados por jóvenes. *Última Década, Proyecto Juventudes, 24*(44), 227-255. ISSN 0718-2236.

Salvia, A. (2013). *Juventudes, problemas de empleo y riesgos de exclusión social. El actual escenario de crisis mundial en la Argentina.* Friedrich Ebert Stiftung, Departamento Política Global y Desarrollo. Buenos Aires, Argentina: Friedrich Ebert Stiftung.

Sautu, R. (2016). La formación y la actualidad de la clase media argentina. En G. Kessler (comp.), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura* (pp. 163-184). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Svampa, M. (2001). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados.* Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Urresti, M. (2008). Nuevos procesos culturales, subjetividades adolescentes emergentes y experiencia escolar . En E. T. Fanfai (comp.), *Nuevos temas en la agenda de política educativa* (pp. 101-114). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Urresti, M. (2011a). Adolescentes, jóvenes y socialización: entre resistencias, tensiones y emergencias. En M. I. Moreira, & M. Stengel, *Juventudes contemporaneas: un mosaico de possibilidades* (pp. 43-66). Belo Horizonte, Brasil: Editora PUC Minas.

Urresti, M. (2011b). Los jóvenes adultos: un síntoma de estos tiempos. *Encrucijadas, Revista de la Universidad de Buenos Aires*(53), 20-25. ISSN: 1515-6435.

Zelizer, V. (2011). *El significado social del dinero.* Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

**Notas**

1. Este artículo es producto de una investigación realizada entre 2013 y 2015 en el marco de la tesis de maestría en Sociología Económica, Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), Buenos Aires, Argentina. La investigación se inscribe en un proyecto doctoral financiado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), durante el período 2013-2018. [↑](#endnote-ref-1)
2. Para conceptualizar las transformaciones estructurales de la sociedad en la época de la globalización se han acuñado varias categorías como las de “modernidad tardía” (Giddens, 1995), “sociedad del riesgo” (Beck, 1997), “sociedad posindustrial” (Bell, 2006), entre otras. [↑](#endnote-ref-2)
3. La revisión de la literatura especializada a nivel local en el campo de la juventud nos permitió advertir que las investigaciones sobre las transiciones a la vida adulta se han concentrado en las trayectorias juveniles relativas a la educación y el empleo (Jacinto, 2010; Miranda, 2015; Otero, 2011; Pérez & Busso, 2014; Roberti, 2015); a su vez, los estudios sobre identidades y culturas juveniles se han orientado sobre todo al análisis de la relación de los jóvenes con el espacio urbano, sus recorridos por la ciudad, sus inscripciones territoriales y sus consumos (Chaves & Segura, 2015; Chaves, Fuentes & Vecino, 2016; Di Leo & Camarotti, 2013). Como consecuencia, es menor lo que sabemos sobre las modalidades que asume la salida del hogar de origen entre los jóvenes, los arreglos de convivencia juveniles y sobre el rol del espacio habitacional propio en la experiencia juvenil. [↑](#endnote-ref-3)
4. Nos referimos a la perspectiva teórica cuyo referente principal es el equipo de Casal, Merino & Quesada (2006) en Barcelona, España. [↑](#endnote-ref-4)
5. A modo de ejemplo, un informe de la Dirección General de Estadísticas y Censos (DGEyC) de la CABA señala las siguientes tendencias: mientras en 1990 la edad promedio a la que llegaban al matrimonio los varones rondaba los 29 años, en 2014 sobrepasaba los 34 años; en el caso de las mujeres, en 1990 las jóvenes que contraían matrimonio por primera vez tenían en promedio 28 años, mientras que en 2014 habían dejado atrás la barrera de los 30 y la edad promedio era de 33 años (DGEyC, 2015). Asimismo, un informe sobre fecundidad de la DGEyC de la CABA advierte que la edad media de las mujeres que tuvieron hijos en 1991 fue inferior a los 29 años, y tras mantenerse por más de diez años alrededor de este valor, desde el 2003 comenzó a aumentar levemente y llegó a superar los 30 años a partir del 2013 (DGEyC, 2017). [↑](#endnote-ref-5)
6. A modo de ejemplo, el informe de Lupica & Cogliandro (2013), sobre la base de datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) para el total de aglomerados urbanos del país, destaca que en 2012 las mujeres que habían terminado los estudios universitarios tenían a su primer hijo, en promedio, a los 28 años; mientras que quienes habían conseguido el título secundario, a los 24 años; y quienes sólo habían completado el primario, a los 22 años. [↑](#endnote-ref-6)
7. Las entrevistas tuvieron una duración aproximada de dos horas y se realizaron en los hogares actuales de los jóvenes, lo que permitió complementar sus testimonios con observaciones de la vivienda y del barrio de residencia. [↑](#endnote-ref-7)
8. De acuerdo con el estudio de Baer & Kauw (2016) sobre el mercado inmobiliario y el acceso a la vivienda formal en la CABA, mientras que en 2009 se necesitaban 8,5años de ingresos medio para comprar un departamento de dos ambientes a estrenar en un barrio de la CABA, en 2013 se requerían 11,9. El mercado de alquiler tampoco presenta un panorama alentador. El alquiler medio de un departamento usado de tres ambientes se incrementó entre un 47% y un 57% entre el 2011 y el 2013; esto insumía entre un 30% a un 50% de un sueldo promedio de la CABA (Reporte Inmobiliario, 2013). Además, se debe contar con el dinero de un mes de alquiler por adelantado, un mes de depósito, comisión de la inmobiliaria, gastos administrativos; y, a su vez, con un familiar que pueda acreditar como garantía un inmueble en la CABA. Un hábito particular del mercado inmobiliario argentino que agudiza aún más la problemática habitacional es el empleo del dólar como referente para la cotización de los bienes inmobiliarios y la operación de transacciones de compra-venta. Para profundizar sobre la situación socio-habitacional de la CABA, véase CEyS (2014). [↑](#endnote-ref-8)
9. Sobre “marcación” y múltiples significados del dinero, véase Zelizer (2011). [↑](#endnote-ref-9)